

26 cuentos infantiles

por antonio rrobles

C.I.A.P.



C

ceguera



La Cigüeña del Silencio

Como las cigüeñas (igual que las golondrinas) se marchan del pueblo al llegar su época, siempre dejan una gran tristeza, como si hubieran dicho al marchar: “Adiós, adiós... Tal vez hasta el año que viene... No sabemos de fijo todavía... Ya veremos, ya veremos...”

Y es que tenemos siempre miedo de que las

LA CIGÜEÑA DEL SILENCIO

hijas piensen en otras torres y en otros cielos que no sean el nuestro.

Pero, por fin, han aparecido también este año.

¡Gracias a Dios! Ya estaban intranquilos en el pueblo.

* * *

Cuando llegan las golondrinas, parece que vienen todas juntas, comentando alegres, con los rizados chillidos de su garganta, el recuerdo del año pasado.

No es así la cigüeña, que una mañana azul aparece una sola, una sola el primer día. Y trae un planear silencioso y lleno de misterio, como si viniera meditando sobre las tierras lejanas que abandona al venir.

Y todos, los niños y los hombres, se emocionan al verla y exclaman, casi con lágrimas en los ojos:

—¡La cigüeña! ¡La cigüeña!...

26 CUENTOS INFANTILES

Ya está la cigüeña, a la otra mañana, rematando una esquina de la torre.

Y ya hay dos, tres, cuatro que planean tranquilas y serenas, con su vuelo eterno y antiguo, en derredor de la torre, tomando como centro de los signos que hacen por el cielo, el viejo nido de aspecto espinoso—como una gran corona de espigas—, cerca del cual todas van a parar, una a una.

Y en llegando, dan unos aletazos al aire que las sostienen quietas, para llegar a poner las patas suavemente, muy suavemente, sin que apenas se las sienta llegar.

* * *

Pasaron los días.

Y la cigüeña del nido, que es la de nuestro cuento, y se llama la Cigüeña del Silencio, ama con el

LA CIGÜEÑA DEL SILENCIO

calor acariciante y blando de su cuerpo los huevos que ha puesto en su nido.

No importa que la cáscara de los huevos sea tersa e inflexible, para que sea mimoso tocarlos. Y es que ¡es tan suave su ovalado!

Entonces es cuando un insecto, que era como un caballito del diablo del veneno, picó en los ojos a la cigüeña y la cegó para siempre.

Ya se veía, o al menos se adivinaba, que su volar incierto no era de buena intención; y menos el zumbido fino como un veneno, que le acompañaba en el vuelo.

El caso es que el insecto de las alillas transparentes siguió volando como si nada hubiera hecho, y que por siempre quedó ciega la Cigüeña del Silencio.

Y que por siempre quedó, frente al cielo, su gesto de resignación.

26 CUENTOS INFANTILES

El cigüeño la trae los manjares para su alimento: los gusanos más gordetes de los prados pantanosos.

Ella los prueba, los cata, se alimenta, porque quiere vivir; porque en la vida ama la caricia que hacen a la madre los suaves ovalados de las cáscaras tersas que cierran a sus hijos, tan queridos antes de nacer.

* * *

Pasaron los días.

Y en su ceguedad, tan lejos de la vida, y casi mirando hacia la muerte con sus ojos sin vida, espera que se rompan los cascarones.

Y se rompieron, y se escucha el chillar ingenuo, suave y variado de los hijitos.

Siente las cosquillas de sus pelusas.

No quiere otra cosa que tenerlos debajo, tenerlos siempre a su calor.

LA CIGÜEÑA DEL SILENCIO

Palpita de gozo supremo su pecho, porque siente palpar felices a sus crías.

Por eso, en su pequeño corazón, vive una vida llena de felicidad. Por nadie se cambiaría, ciega y todo.

Tal vez la ceguedad la hace distraerse menos con el mundo, y dedicar toda su idea, todo su pensamiento, a la maternidad, que es lo más grande, lo más puro, lo más luminoso, aun para las ciegas.

La emoción le da desgano y ya apenas prueba lo que trae para la Cigüeña del Silencio su cigüeño.

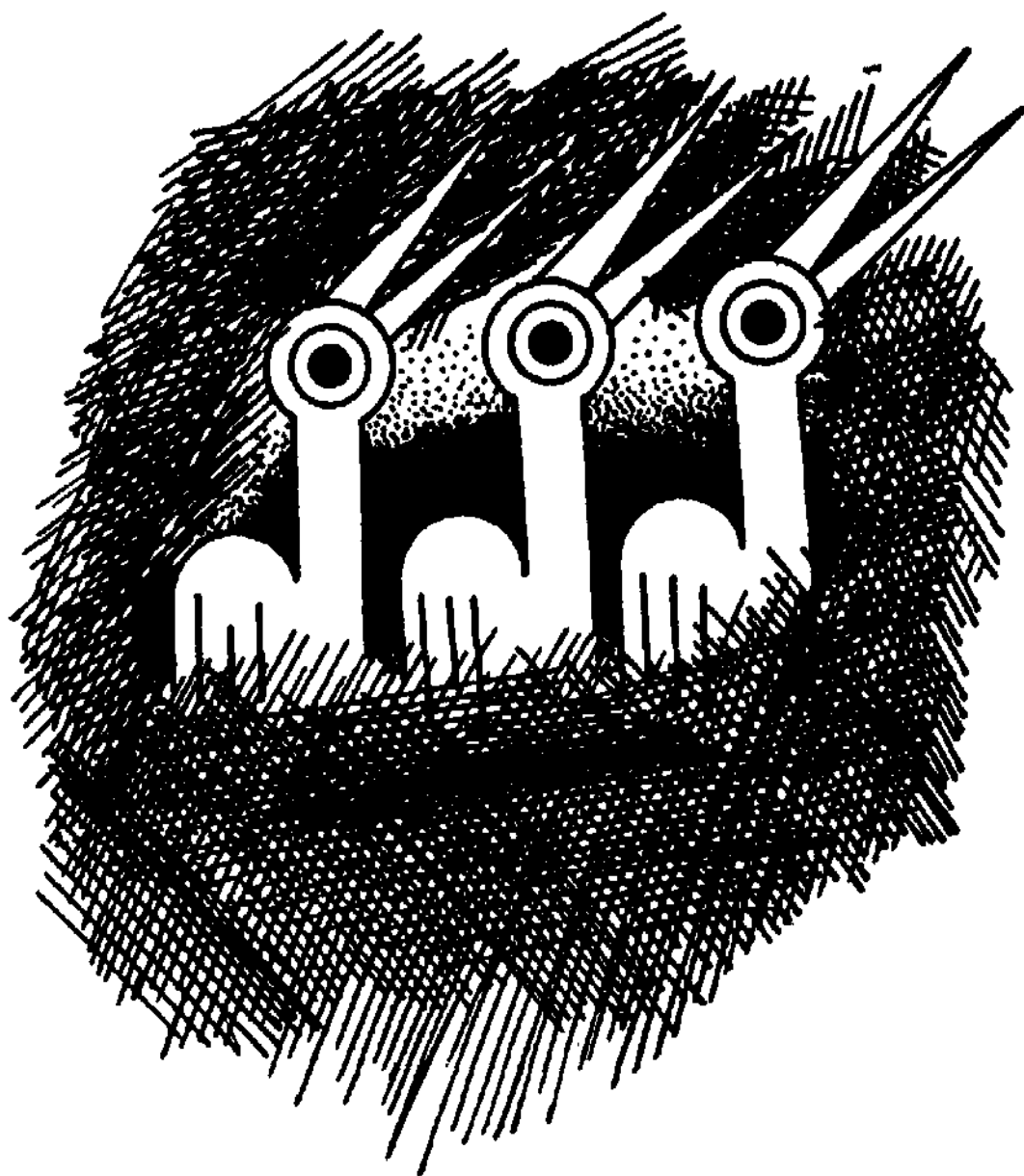
Y cuando se queda sola, otra vez con sus hijos, va aprendiendo a contar los polluelos con su pecho; solamente con su pecho tan sensible.

* * *

A veces los *hijuelos* quieren salir de ella.

26 CUENTOS INFANTILES

Ella, entonces, se ahueca más; pone fofas sus plumas para darles más holgura y más caricia dentro.



L A C I G Ü E Ñ A D E L S I L E N C I O

Hasta esfuerza su calentura como un mimo, para convencerles con pasión de que se queden dentro, muy con ella.

Pero nada consigue; que uno a uno van saliendo para mirar al cielo y exclamar:

—Madre: déjanos, déjanos ver un rato el cielo y el Sol...

Y ella, ciega, mirando a lo alto sin ver, y como pidiendo a la Altura paciencia, espera a que de nuevo tengan ansias de su calor de madre.

* * *

A veces aletean de hambre al borde del nido, esperando los gordezuelos gusanos que les trae el padre cuidadosamente en el pico duro.

Sienten dentro el deseo de que sus alas sean recias; quieren volar.

Han visto de cerca el cielo; quieren volar.

26 CUENTOS INFANTILES

Han visto el cielo que baja desde la torre hacia el horizonte, tan bueno para deslizarse por debajo; quieren volar...

Quieren volar con las alas abiertas...

La Cigüeña del Silencio mira sin mirar al cielo... y aún le da el cielo paciencia.

* * *

El hambre y el dolor le dan un triste aspecto de insensibilidad.

Y, sin embargo, en su piel arrugada y hambrienta hay sensibilidad viva que siente el despego angustioso de sus hijos.

Y entretanto sus hijos, ya audaces voladores, tienen sus charlas:

El más osado, el más atrevido, grita:

—¡Yo, yo he sido el que ha llegado más cerca del Sol!...

LA CIGÜEÑA DEL SILENCIO

El más sereno, el más tranquilo, dice:

—¡Casi hubiera podido dar la vuelta a la bola de la Tierra sin mover las alas!...

El más ingenuo, el más niño, exclama:

—¡He rozado con mis alas al hombre, y ha querido atraparme!...

Y cuando vuelven a sus vuelos, y se queda sola la Cigüeña del Silencio recortada en el cielo del atardecer, las plumas sin cuidado parecen viejas plumas clavadas a lo largo de los huesos.

Y si no se viera que sus pupilas muertas miran al cielo con paciencia viva, parecería una apoliada cigüeña, disecada en un pobre museo.

* * *

Dos atardeceres—pero con sus correspondientes días y noches—lleva sola y llena de angustia la Cigüeña del Silencio.

26 CUENTOS INFANTILES

No lejos de la torre planean las demás lentamente.

Pero ninguna se acerca. Ni aquellas tres que desde que estaban dentro del cascarón eran tan amadas por ella.

Y todas, ya caído el Sol, han aterrizado en un prado verde de cerca de la vía del tren; en ese prado que tantas veces vemos lleno de cigüeñas desde la ventanilla del vagón.

Para la Cigüeña del Silencio, sin embargo, no hay más vida que la vida de sus pupilas muertas.

* * *

Abandonada por su raza, y abandonada por sus amplios cielos de volar, siente vergüenza. Y piensa:

“El ave que no sirve para el cielo, ¿qué es? El ave que no sirve para el cielo no es nada, y debe

LA CIGÜEÑA DEL SILENCIO

aplastar su existencia contra lo más hondo, contra lo más bajo.”

Entonces, enloquecida—sólo por razones de locura—, piensa en el suicidio, que es cosa sólo de locos.

Titubea, se coloca, se decide... y se acobarda.

Por fin ha pegado sus alas al cuerpo, como atadas a él, y ha preparado su pico, su cabeza y su cuello como una flecha que estuviera dispuesta para bajar.

Todas sus plumas se ciñen a ella, como con miedo...

Ha cerrado sus temblorosos párpados inútiles, despidiéndose tímidamente de la vida..., y se ha arrojado desde lo alto, a besar a un mismo tiempo la tierra y la muerte.

* * *

26 CUENTOS INFANTILES

En la plaza, al pie de la torre, hay unas viejas losas de piedra, duras y desgastadas, ribeteadas de musgo.

En la imaginación de la Cigüeña del Silencio surgen las piedras, como surgirían en sus ojos.

La torre es muy alta, y a ella le parece más alta todavía.

No llega nunca a las losas; cae, cae, cae, y va pestañeando sobre sus turbias pupilas.

Y la emoción enorme se iba imponiendo, desgastando la voluntad del suicidio.

Quiso ver; sintió un profundo deseo de ver, y abrió los ojos con angustia... y no vió.

Y ya sin conciencia de lo que hacía, sin voluntad, aterrada, rozando casi las losas, rozando casi la muerte, abrió sus alas de pronto, y planeó cerca del suelo, sin saber si estaba cerca o no.

L A C I G Ü E Ñ A D E L S I L E N C I O

El movimiento de aleteo, como una respiración artificial, le salvó de su ahogo de emoción.

* * *

Todos gritan al verla tan baja:

—¡La cigüeña! ¡La cigüeña!...

Y ella tuvo miedo, miedo de darse en los bajos tejadillos, y aleteó lentamente para subir.

Recordó y temió a la red de hilos de la electricidad, y siguió subiendo y aleteando.

Se aterrorizó pensando que pudiera escabullirse por el ramaje espeso de los copudos y centenarios árboles, como de leyenda, que había en las afueras, y subió más y más...

Temió aún, absurdamente, malherirse en los riscos cercanos, y aleteó más, y subió más, y subió más...

26 CUENTOS INFANTILES

Todos gritan, llenos de una gran inquietud; todos gritan como niños, al verla subir tanto en la hora del atardecer:

—¡La cigüeña!, ¡la cigüeña!...

Y la Cigüeña del Silencio subió más, temiendo tropezar de golpe con la Luna...

Y aún más, para no pegarse con el Sol..., y con las Estrellas, que son tantas, tantas, y ya empezaban a asomar como para verla subir hacia ellas...

Y subió, subió, subió, llevando siempre con ella su noche eterna, su silencio y su misterio.

* * *

Y el caso es que el mismo misterio que se llevó hacia arriba la Cigüeña del Silencio aparecía todas las mañanas en el nido vacío.

LA CIGÜEÑA DEL SILENCIO

Y aún, si los del pueblo, los que la vieron subir y subir, miran fijos a lo alto, parecen ver un punto inquieto por lo más perdido del cielo infinito.

Pero si se quieren fijar bien, se esconde y se confunde, como si sólo hubiera sido un efecto de la mirada inquieta.

* * *

Este cuento tan mentiroso, no tiene moraleja como las otras fábulas de bichos.

Pero le podemos poner este final:

Los peces que se mueren dejan su cuerpo en el mar que vivieron.

El hombre se hace la tumba en la tierra que viviendo ha pisado.

Tal vez la Cigüeña del Silencio buscara, subien-

26. CUENTOS INFANTILES

do y subiendo, un sepulcro en el fondo de aquel cielo que cruzó en sus viajes de maravilla.

Un sepulcro en el cielo:

